

F. Scott Fitzgerald

El Curioso Caso
de Benjamin
Button



E LEJANDRIA



F. Scott Fitzgerald

El Curioso Caso
de Benjamin
Button

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CURIOSO CASO DE BENJAMIN BUTTON

F. SCOTT FITZGERALD

PUBLICADO: 1922
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO I

En el año 1860 lo adecuado era nacer en casa. En la actualidad, según me han dicho, los altos dioses de la medicina han decretado que los primeros gritos de los jóvenes se produzcan en el aire anestésico de un hospital, preferiblemente uno de moda. Así que el joven señor y la señora Roger Button se adelantaron cincuenta años a la moda cuando decidieron, un día del verano de 1860, que su primer bebé naciera en un hospital. Nunca se sabrá si este anacronismo tuvo alguna relación con la asombrosa historia que voy a exponer.

Les contaré lo que ocurrió y les dejaré juzgar por ustedes mismos.

La familia Roger Button ocupaba una posición envidiable, tanto social como financiera, en el Baltimore anterior a la Segunda Guerra Mundial. Estaban emparentados con Esta o Aquella familia, lo que, como todo sureño sabía, les daba derecho a ser miembros de ese enorme linaje que poblaba en gran medida la Confederación. Esta era su primera experiencia con la encantadora y antigua costumbre de tener bebés; el Sr. Button estaba nervioso, como era natural. Esperaba que fuera un niño para poder enviarlo a la Universidad Yale en Connecticut, institución en la que el propio Sr. Button era conocido desde hacía cuatro años por el apodo un tanto obvio de "Cuello Duro".

En la mañana de septiembre consagrada al enorme acontecimiento, se levantó nervioso a las seis, se vistió, ajustó una cepa impecable y se apresuró a recorrer las calles de Baltimore hasta el hospital, para determinar si la oscuridad de la noche había traído una nueva vida a su seno.

Cuando se encontraba a unos cien metros del Hospital Privado para Damas y Caballeros de Maryland, vio al doctor Keene, el médico de cabecera, bajando la escalinata de la entrada, frotándose las manos con un movimiento de lavado, como todos los médicos están obligados a hacer por la ética no escrita de su profesión.

El Sr. Roger Button, presidente de Roger Button & Co., Wholesale Hardware, comenzó a correr hacia el doctor Keene con mucha menos dignidad de la que se esperaba de un caballero sureño de aquella pintoresca época. "¡Doctor Keene!", llamó. "¡Oh, doctor Keene!"

El doctor le oyó, se dio la vuelta y se quedó esperando, con una curiosa expresión instalada en su duro y medicinal rostro cuando el señor Button se acercó.

"¿Qué ha pasado?", preguntó el Sr. Button, mientras se acercaba jadeante. "¿Qué ha pasado? ¿Cómo es ella? ¿Un niño? ¿Quién es? ¿Qué...?"

"¡Habla con claridad!", dijo bruscamente el doctor Keene, que parecía algo irritado.

"¿Ha nacido el niño?", rogó el señor Button.

El doctor Keene frunció el ceño. "Pues sí, supongo que sí... en cierto modo". De nuevo lanzó una mirada curiosa al señor Button.

"¿Está bien mi esposa?"

"Sí".

"¿Es un niño o una niña?"

"¡Y dale!" gritó el doctor Keene en una perfecta pasión de irritación, "le pediré que vaya y lo vea usted mismo. ¡Que indignante!" Soltó la última palabra casi en una sílaba, y se dio la vuelta murmurando: "¿Se imagina que un caso como éste ayudará a mi reputación profesional? Uno más me arruinaría, arruinaría a cualquiera". "¿Qué ocurre?", preguntó el señor Button horrorizado. "¿Trillizos?"

"¡No, trillizos no!", respondió el doctor cortantemente. "Es más, puede ir a verlo usted mismo. Y buscar otro médico. Yo te traje al mundo, joven, y he sido el médico de tu familia durante cuarenta años, ¡pero he terminado contigo! ¡No quiero verte a ti ni a ninguno de tus parientes nunca más! Adiós".

Luego se volvió bruscamente y, sin decir nada más, subió a su faetón, que le esperaba en el bordillo, y se alejó con paso firme.

El señor Button se quedó en la acera, estupefacto y temblando de pies a cabeza. ¿Qué horrible percance había ocurrido? Había perdido repentinamente todo deseo de entrar en el Hospital Privado para Damas y Caballeros de Maryland; fue con la mayor dificultad que, un momento después, se obligó a subir los escalones y entrar por la puerta principal.

Una enfermera estaba sentada detrás de un escritorio en la penumbra opaca del vestíbulo. Tragándose la vergüenza, el Sr. Button se acercó a ella.

"Buenos días", comentó ella, mirándole agradablemente.

"Buenos días. Yo soy el señor Button".

Al oír esto, una expresión de absoluto terror se extendió por el rostro de la muchacha. Se puso en pie y parecía estar a punto de salir volando del vestíbulo, conteniéndose sólo con la más aparente dificultad.

"Quiero ver a mi hijo", dijo el señor Button.

La enfermera dio un pequeño grito. "¡Oh, por supuesto!", gritó histéricamente. "Arriba. Justo arriba. Suba".

Señaló la dirección, y el señor Button, bañado en un fría sudor, se volvió vacilante y comenzó a subir al segundo piso. En el vestíbulo superior se dirigió a otra enfermera que se acercó a él, con la palangana en la mano. "Soy el señor Button", logró articular. "Quiero ver a mi..."

¡Clank! La palangana cayó al suelo y rodó en dirección a las escaleras. ¡Clank! ¡Clank! Comenzó un metódico descenso como si compartiera el terror general que provocaba este señor.

"¡Quiero ver a mi hijo!" El Sr. Button casi gritó. Estaba al borde del colapso.

¡Clank! La palangana había llegado al primer piso. La enfermera recuperó el control de sí misma y lanzó al señor Button una mirada de desprecio.

"Muy bien, señor Button", aceptó en voz baja. "¡Muy bien! Pero ¡si supiera en qué estado nos ha puesto a todos esta mañana! ¡Es perfectamente indignante! El hospital nunca tendrá ni sombra de su reputación después..."

"¡Rápido!", gritó roncamente. "¡No puedo soportar esto!"

"Venga por aquí, entonces, Sr. Button."

Se arrastró tras ella. Al final de un largo pasillo llegaron a una habitación de la que salían diversos aullidos; de hecho, una habitación que, en la jerga posterior, habría sido conocida como la "habitación del llanto". Entraron. Alrededor de las paredes había media docena de cunas esmaltadas en blanco, cada una con una etiqueta atada a la cabeza.

"Bueno", jadeó el Sr. Button, "¿cuál es la mía?"

"¡Ahí!", dijo la enfermera.

Los ojos del Sr. Button siguieron el dedo señalador de la enfermera, y esto es lo que vio. Envuelto en una voluminosa manta blanca, y parcialmente metido en una de las cunas, estaba sentado un anciano de unos setenta años de edad. Su escaso pelo era casi blanco, y de su barbilla goteaba una larga barba color humo, que se agitaba absurdamente de un lado a otro, avivada por la brisa que entraba por la ventana. Miró al Sr. Button con ojos oscuros y apagados en los que acechaba una pregunta desconcertante. "¿Estoy

loco?", tronó el señor Button, con su terror convertido en rabia. "¿Se trata de una espantosa broma de hospital?"

"No nos parece una broma", respondió la enfermera con severidad. "Y no sé si están ustedes locos o no, pero lo más seguro es que sea su hijo".

El fría sudor se redobló en la frente del señor Button. Cerró los ojos y luego, abriéndolos, volvió a mirar. No había error: estaba mirando a un hombre de sesenta años, a un bebé de sesenta años, un bebé cuyos pies colgaban sobre los lados de la cuna en la que descansaba.

El anciano miró plácidamente de uno a otro durante un momento, y luego habló de repente con una voz agrietada y antigua. "¿Es usted mi padre?", preguntó.

El señor Button y la enfermera se sobresaltaron.

"Porque si lo es", prosiguió el anciano, "me gustaría que me sacara de este lugar o, al menos, que me pusiera una mecedora cómoda".

"¿De dónde, por el amor de Dios, ha salido usted? ¿Quién es usted?", estalló frenéticamente el Sr. Button.

"No puedo decirle exactamente quién soy", respondió el quejoso, "porque sólo he nacido unas horas; pero mi apellido es ciertamente Button".

"¡Mientes! Eres un impostor!"

El anciano se volvió cansado hacia la enfermera. "Bonita forma de recibir a un recién nacido", se quejó con voz débil. "Dígale que se equivoca, ¿por qué no lo hace?"

"Se equivoca. Sr. Button", dijo la enfermera con severidad. "Este es su hijo, y tendrá que sacar lo mejor de él. Vamos a pedirle que se lo lleve a casa lo antes posible, hoy mismo".

"¿A casa?", repitió incrédulo el señor Button.

"Sí, no podemos tenerlo aquí. Realmente no podemos, ¿sabe?"

"Me alegro de ello", gimió el anciano. "Este es un buen lugar para mantener a un joven de gustos tranquilos. Con todos estos gritos y aullidos, no he podido pegar ojo. Pedí algo de comer" -aquí su voz se elevó a una estridente nota de protesta- "¡y me trajeron una botella de leche!"

El señor Button se hundió en una silla cerca de su hijo y ocultó su rostro entre las manos. "¡Cielos!", murmuró, en un éxtasis de horror. "¿Qué dirá la gente? ¿Qué debo hacer?"

"Tendrá que llevarlo a casa", insistió la enfermera, "¡inmediatamente!".

Una imagen grotesca se formó con espantosa claridad ante los ojos del torturado hombre: una imagen de sí mismo caminando por las abarrotadas calles de la ciudad con esta espantosa aparición acechando a su lado. "No puedo. No puedo", gimió.

La gente se paraba a hablar con él, ¿y qué iba a decir? Tendría que presentar a ese septuagenario: "Este es mi hijo, nacido esta madrugada". Y entonces el anciano recogía su manta alrededor de él y seguían adelante, pasando por las bulliciosas tiendas, el mercado de esclavos -por un oscuro instante el señor Button deseó apasionadamente que su hijo fuera negro-, pasando por las lujosas casas del distrito residencial, pasando por el hogar para ancianos....

"¡Venga! Recógete", le ordenó la enfermera.

"Mira", anunció de repente el anciano, "si crees que voy a volver a casa caminando con esta manta, estás totalmente equivocado".

"Los bebés siempre tienen mantas".

Con un crujido malicioso, el anciano levantó un pequeño pañal blanco. "¡Mira!", dijo entrecortadamente. "Esto es lo que tenían preparado para mí".

"Los bebés siempre llevan eso", dijo la enfermera con primor. "Bueno", dijo el anciano, "este bebé no va a llevar nada en unos dos minutos. Esta manta pica. Al menos podrían haberme dado una sábana".

"¡No te la quites! No se la quite", dijo el Sr. Button apresuradamente. Se volvió hacia la enfermera. "¿Qué voy a hacer?"

"Ir a la ciudad y comprarle a su hijo algo de ropa".

La voz del hijo del Sr. Button le siguió hasta el vestíbulo: "Y un bastón, padre. Quiero tener un bastón".

El Sr. Button golpeó la puerta exterior salvajemente....

CAPÍTULO II

"Buenos días", dijo el señor Button, nervioso, al dependiente de la mercería Chesapeake. "Quiero comprar algo de ropa para mi hijo".

"¿Qué edad tiene su hijo, señor?"

"Unas seis horas", respondió el señor Button, sin la debida consideración.

"La sección de bebés es en la parte trasera".

"Vaya, no creo que sea eso lo que quiero. Es un niño de tamaño inusualmente grande. Excepcionalmente grande".

"Tienen las tallas más grandes para bebés".

"¿Dónde está el departamento de niños?", preguntó el Sr. Button, moviéndose desesperadamente. Sentía que el dependiente seguramente debía oler su vergonzoso secreto.

"Aquí mismo".

"Bueno..." Dudó. La idea de vestir a su hijo con ropa de hombre le repugnaba. Si, por ejemplo, pudiera encontrar un traje de niño muy grande, podría cortarle esa larga y horrible barba, teñirle el pelo blanco de marrón, y así conseguiría ocultar lo peor, y conservar algo de su propia autoestima, por no hablar de su posición en la sociedad de Baltimore.

Pero una frenética inspección del departamento de chicos reveló que no había trajes que le quedaran bien al recién nacido Button. Culpó a la tienda, por supuesto; en estos casos, lo normal es culpar a la tienda.

"¿Cuántos años dijo que tenía su hijo?", preguntó el dependiente con curiosidad.

"Tiene dieciséis años".

"Oh, le pido perdón. Creí que había dicho seis horas. Encontraré el departamento de jóvenes en el siguiente pasillo".

El Sr. Button se dio la vuelta miserablemente. Luego se detuvo, se animó y señaló con el dedo un maniquí vestido en el escaparate. "¡Ahí!", exclamó. "Me llevaré ese traje, ahí en el maniquí".

El dependiente se quedó mirando. "¿Por qué?", protestó, "ese no es un traje de niño. Al menos lo es, pero es para disfraces. Podrías ponértelo tú mismo".

"Envuélvalo", insistió nervioso su cliente. "Eso es lo que quiero".

El asombrado empleado obedeció.

De vuelta al hospital, el Sr. Button entró en la guardería y estuvo a punto de lanzar el paquete a su hijo. "Aquí tienes tu ropa", le espetó.

El anciano desató el paquete y observó el contenido con una mirada inquisitiva.

"Me parecen un poco raros", se quejó, "no quiero que me hagan el mono...".

"¡Me has dejado en ridículo!", replicó el Sr. Button con fiereza. "No te preocupes por lo gracioso que te veas. Póntelos o te daré unos azotes". Tragó con dificultad la penúltima palabra, sintiendo, no obstante, que era lo que debía decir.

"Muy bien, padre" -esto con una grotesca simulación de respeto filial- "tú has vivido más tiempo; tú sabes más. Como tú digas".

Como antes, el sonido de la palabra "padre" hizo que el señor Button se sobresaltara violentamente. "Y date prisa".

"Me doy prisa, padre".

Cuando su hijo estuvo vestido, el señor Button lo miró con desolación. El traje consistía en unos calcetines de puntos, unos pantalones rosas y una blusa con cinturón y un amplio cuello blanco. Sobre éste ondeaba la larga barba blanquecina, que caía casi hasta la cintura. El efecto no era bueno.

"¡Espera!"

El Sr. Button cogió una tijera de hospital y con tres rápidos chasquidos amputó una gran sección de la barba. Pero incluso con esta mejora, el conjunto estaba muy lejos de la perfección. El mechón de pelo desaliñado que quedaba, los ojos llorosos, los dientes antiguos, parecían extrañamente fuera de tono con la alegría del traje. El señor Button, sin embargo, se mostró obstinado y le tendió la mano. "¡Ven!", dijo con firmeza.

Su hijo tomó la mano con confianza. "¿Cómo me vas a llamar, papá?", balbuceó mientras salían de la guardería, "¿sólo 'bebé' por un tiempo? hasta que se te ocurra un nombre mejor".

El Sr. Button gruñó. "No lo sé", respondió con dureza. "Creo que te llamaremos Matusalén".

CAPÍTULO III

Incluso después de que al nuevo miembro de la familia Button se le cortara el pelo y se le tiñera de un negro poco natural, se le afeitara la cara tan al ras que brillaba y se le vistiera con ropa de niño pequeño hecha a medida por un sastre atónito, a Button le resultaba imposible ignorar el hecho de que su hijo era una pobre excusa para ser el primer bebé de la familia. A pesar de su avanzada edad, Benjamin Button -porque así le llamaban en lugar del apropiado pero pretencioso Matusalén- medía 1,65 metros. Sus ropas no lo ocultaban, ni el recorte y el tinte de sus cejas disimulaban el hecho de que los ojos que tenía debajo estaban descoloridos, acuosos y cansados. De hecho, la niñera que había sido contratada por adelantado abandonó la casa después de una mirada, en un estado de considerable indignación.

Pero el Sr. Button persistió en su inquebrantable propósito. Benjamin era un bebé y debía seguir siéndolo. Al principio declaró que si a Benjamín no le gustaba la leche tibia podía quedarse sin comer, pero finalmente se convenció de que permitiera a su hijo comer pan y mantequilla, e incluso avena, tras un pacto. Un día trajo a casa un sonajero y, al dárselo a Benjamín, insistió en términos inequívocos en que debía "jugar con él", tras lo cual el anciano lo cogió con una expresión de cansancio y se le pudo oír tintinear obedientemente a intervalos durante todo el día.

Sin embargo, no cabe duda de que el sonajero le aburría y que encontraba otras diversiones más reconfortantes cuando se quedaba solo. Por ejemplo, el Sr. Button descubrió un día que durante la semana anterior había fumado más cigarros que nunca, un fenómeno que se explicó unos días más tarde cuando, al entrar en la guardería de forma inesperada, encontró la habitación llena de una tenue neblina azul y a Benjamin, con una expresión de culpabilidad en el rostro, tratando de ocultar la colilla de un habano oscuro. Esto, por supuesto, requería un severo azote, pero el Sr. Button no se atrevió a administrarlo. Se limitó a advertir a su hijo que "atrofiaría su crecimiento".

Sin embargo, persistió en su actitud. Trajo a casa soldaditos de plomo, trajo trenes de juguete, trajo grandes y agradables animales hechos de trapo y, para perfeccionar la ilusión que estaba creando -por lo menos para él-, le preguntó apasionadamente al dependiente de la juguetería si "la pintura se desprendería del pato rosa si el bebé se lo llevara a la boca". Pero, a pesar de todos los esfuerzos de su padre, Benjamin se negaba a interesarse. Bajaba a hurtadillas las escaleras de atrás y volvía a la guardería con un volumen de la Enciclopedia Británica, sobre el que pasaba la tarde, mientras sus vacas de trapo y su arca de Noé quedaban abandonados en el suelo. Los esfuerzos del Sr. Button no sirvieron de mucho contra semejante obstinación.

La sensación creada en Baltimore fue, al principio, prodigiosa. No se puede determinar lo que el percance habría costado socialmente a los Button y a sus parientes, pues el estallido de la Guerra Civil atrajo la atención de la ciudad hacia otras cosas. Unas cuantas personas, siempre educadas, se devanaron los sesos buscando cumplidos para los padres, y finalmente dieron con la ingeniosa estratagema de declarar que el bebé se parecía a su abuelo, hecho que, debido al estado estándar de decadencia común a todos los hombres de setenta años, no podía negarse. El Sr. y la Sra. Roger Button no estaban contentos, y el abuelo de Benjamin se sintió furiosamente insultado.

Benjamin, una vez que salió del hospital, se tomó la vida como la encontró. Trajeron a varios niños pequeños a verle, y pasó una tarde exhausto tratando de interesarse por el trompo y las canicas; incluso consiguió, de forma bastante accidental, romper una ventana de la cocina con una piedra de un tiro de honda, una hazaña que deleitó secretamente a su padre.

A partir de entonces, Benjamín se las ingenió para romper algo todos los días, pero lo hizo sólo porque era lo que se esperaba de él y porque era complaciente por naturaleza.

Cuando la enemistad inicial de su abuelo desapareció, Benjamín y aquel caballero disfrutaron enormemente de su mutua compañía. Se sentaban durante horas, estos dos, tan distantes en edad y experiencia, y, como viejos compinches, discutían con incansable monotonía los lentos acontecimientos del día. Benjamín se sentía más a gusto en presencia de su abuelo que en la de sus padres; siempre parecían tenerle cierto temor y, a pesar de la autoridad dictatorial que ejercían sobre él, se dirigían a menudo a él como "señor".

Estaba tan desconcertado como cualquier otro por la edad aparentemente avanzada de su mente y su cuerpo al nacer. Leyó sobre el tema en la revista médica, pero descubrió que no se había registrado ningún caso semejante. A instancias de su padre, hizo un intento honesto de jugar con otros niños, y con frecuencia se unió a los juegos más suaves; el fútbol lo sacudía demasiado, y temía que en caso de fractura sus antiguos huesos se negaran a tejer.

A los cinco años lo enviaron al jardín de infancia, donde se inició en el arte de pegar papel verde sobre papel naranja, de tejer mapas de colores y de fabricar eternos collares de cartón. Tenía tendencia a dormirse en medio de estas tareas, un hábito que irritaba y asustaba a su joven maestra. Para su alivio, ella se quejó a sus padres y lo sacaron de la escuela. Los Button dijeron a sus amigos que lo consideraban demasiado joven.

A los doce años, sus padres ya se habían acostumbrado a él. De hecho, es tan fuerte la fuerza de la costumbre que ya no sentían que fuera diferente de cualquier otro niño, excepto cuando alguna anomalía curiosa les recordaba el hecho. Pero un día, pocas semanas después de su duodécimo cumpleaños, mientras se miraba en el espejo, Benjamin hizo, o creyó hacer, un descubrimiento sorprendente. ¿Le engañaban sus ojos, o su pelo se había convertido en la docena de años de su vida de blanco a gris hierro bajo su tinte oculto? ¿La red de arrugas de su rostro era cada vez menos pronunciada? ¿Estaba su piel más sana y firme, incluso con un toque de color invernal? No podía decirlo. Sabía que ya no se encorvaba y que su condición física había mejorado desde los primeros días de su vida.

"¿Puede ser...?", pensó para sí mismo, o, mejor dicho, apenas se atrevió a pensar.

Se dirigió a su padre. "Ya soy mayor", anunció con determinación. "Quiero ponerme pantalones largos".

Su padre dudó. "Bueno", dijo finalmente, "no sé. Catorce años es la edad para ponerse pantalones largos, y tú sólo tienes doce".

"Pero tendrás que admitir", protestó Benjamin, "que soy grande para mi edad".

Su padre le miró con fingida especulación. "Oh, no estoy tan seguro de eso", dijo. "Yo era tan grande como tú cuando tenía doce años".

Esto no era cierto; todo formaba parte del acuerdo silencioso de Roger Button consigo mismo para creer en la normalidad de su hijo.

Finalmente se llegó a un compromiso. Benjamin debía seguir tiñéndose el pelo. Debía esforzarse por jugar con los niños de su edad. No debía llevar las gafas ni el bastón por la calle. A cambio de estas concesiones se le permitió su primer traje de pantalón largo....

CAPÍTULO IV

De la vida de Benjamin Button entre los doce y los veintiún años de edad tengo la intención de decir poco. Baste decir que fueron años de crecimiento normal. Cuando Benjamin tenía dieciocho años estaba erguido como un hombre de cincuenta; tenía más pelo y éste era de un gris oscuro; su paso era firme, su voz había perdido su agrietada corchea y había descendido a un saludable barítono. Entonces su padre lo envió a Connecticut para que hiciera los exámenes de ingreso en la Universidad de Yale. Benjamin aprobó su examen y se convirtió en miembro de la clase de primer año.

Al tercer día de su matriculación recibió una notificación del Sr. Hart, el secretario del colegio, para que pasara por su oficina y arreglara su horario. Benjamin, al mirarse en el espejo, decidió que su cabello necesitaba una nueva aplicación de su tinte marrón, pero una ansiosa inspección del cajón de su escritorio reveló que el frasco de tinte no estaba allí. Entonces recordó que lo había vaciado el día anterior y lo había tirado.

Estaba en un dilema. Tenía que ir al registro en cinco minutos. Parecía que no había ayuda para ello: debía ir tal como estaba. Así lo hizo.

"Buenos días", dijo el secretario amablemente. "Ha venido a preguntar por su hijo".

"Bueno, de hecho, mi nombre es Button..." comenzó Benjamin, pero el Sr. Hart le cortó.

"Estoy muy contento de conocerle, Sr. Button. Espero a su hijo aquí en cualquier momento".

"¡Ese soy yo!" estalló Benjamin. "Soy un estudiante de primer año".

"¡Qué!"

"Soy un estudiante de primer año."

"Seguramente estás bromeando".

"En absoluto".

El secretario frunció el ceño y miró una tarjeta que tenía delante. "Vaya, aquí tengo anotada la edad del señor Benjamin Button como dieciocho años".

"Esa es mi edad", afirmó Benjamin, sonrojándose ligeramente.

El registrador lo miró con cansancio. "Seguramente, Sr. Button, no esperará que me crea eso".

Benjamin sonrió con cansancio. "Tengo dieciocho años", repitió.

El secretario señaló con severidad la puerta. "Salga", dijo. "Sal de la universidad y sal de la ciudad. Eres un lunático peligroso". "Tengo dieciocho años".

El señor Hart abrió la puerta. "¡Vaya idea!", gritó. "Un hombre de tu edad intentando entrar aquí como estudiante de primer año. ¿Tienes dieciocho años? Bueno, te daré dieciocho minutos para salir de la ciudad".

Benjamin Button salió con dignidad de la sala, y media docena de estudiantes de primer año, que esperaban en el pasillo, le siguieron con la mirada con curiosidad. Cuando se hubo alejado un poco, se dio la vuelta, se enfrentó al enfurecido secretario, que seguía de pie en la puerta, y repitió con voz firme: "Tengo dieciocho años".

Ante un coro de carcajadas que surgió del grupo de estudiantes, Benjamin se alejó.

Pero no estaba destinado a escapar tan fácilmente. En su melancólico camino hacia la estación de tren se encontró con que le seguía un grupo, luego un enjambre y finalmente una densa masa de estudiantes. Se había corrido la voz de que un lunático había aprobado los exámenes de ingreso en Yale y había intentado hacerse pasar por un joven de dieciocho años. Una fiebre de excitación impregnó toda la universidad. Los hombres salieron corriendo sin sombrero de las clases, el equipo de fútbol abandonó su práctica y se unió a la multitud, las esposas de los profesores, con los bonetes desordenados y los polisones fuera de su sitio, corrieron gritando tras la procesión, de la que procedió una continua sucesión de comentarios dirigidos a la tierna sensibilidad de Benjamin Button.

"¡Debe ser el judío errante!"

"¡Debería ir a la escuela preparatoria a su edad!"

"¡Mira el niño prodigio!"

"Creyó que esto era el hogar de los ancianos".

"¡Vete a Harvard!"

Benjamin aumentó su paso, y pronto estaba corriendo. ¡Les enseñaría! ¡Iría a Harvard, y entonces se arrepentirían de esas burlas mal pensadas! Ya a bordo del tren hacia Baltimore, sacó la cabeza de la ventanilla. "¡Se arrepentirán de esto!", gritó.

"¡Ja, ja!", se rieron los estudiantes. "¡Ja-ja-ja!" Fue el mayor error que la Universidad de Yale había cometido jamás....

CAPÍTULO V

En 1880, Benjamin Button tenía veinte años, y señaló su cumpleaños entrando a trabajar para su padre en Roger Button & Co., Ferretería Mayorista. Fue en ese mismo año cuando empezó a "salir socialmente", es decir, su padre insistió en llevarlo a varios bailes de moda. Roger Button tenía ahora cincuenta años, y él y su hijo eran cada vez más compañeros; de hecho, desde que Benjamin había dejado de teñirse el pelo (que seguía siendo grisáceo) parecían de la misma edad, y podrían haber pasado por hermanos.

Una noche de agosto se subieron al faetón vestidos con sus trajes de gala y se dirigieron a un baile en la casa de campo de los Shevlin, situada en las afueras de Baltimore. Era una noche preciosa. La luna llena empapaba la carretera hasta alcanzar el color del platino, y las flores de la cosecha, ya florecidas, exhalaban en el aire inmóviles aromas que parecían risas suaves. El campo abierto, alfombrado por varas de trigo brillante, era translúcido como en el día. Era casi imposible no dejarse afectar por la pura belleza del cielo, era casi imposible.

"Hay un gran futuro en el negocio de los productos de mercería", decía Roger Button. No era un hombre espiritual; su sentido estético era rudimentario.

"Los viejos como yo no pueden aprender nuevos trucos", observó profundamente. "Sois vosotros, los jóvenes con energía y vitalidad, los que tenéis el gran futuro por delante".

A lo largo de la carretera, las luces de la casa de campo de los Shevlin se hicieron visibles, y en seguida se oyó un suspiro que se arrastraba persistentemente hacia ellos: podría haber sido el fino canto de los violines o el susurro del trigo plateado bajo la luna.

Se detuvieron detrás de un hermoso coche de caballos cuyos pasajeros se apeaban en la puerta. Una dama se bajó, luego un caballero mayor, y después otra joven, hermosa como el pecado. Benjamin se sobresaltó; un cambio casi químico pareció disolver y recomponer los propios elementos de su cuerpo. Un rigor lo invadió, la sangre subió a sus mejillas, a su frente, y hubo un golpeteo constante en sus oídos. Era el primer amor.

La muchacha era delgada y frágil, con el pelo ceniciento bajo la luna y de color miel bajo las chisporroteantes lámparas de gas del porche. Sobre sus hombros se echaba una mantilla española del más suave amarillo, mariposeada en negro; sus pies eran botones brillantes en el dobladillo de su vestido alborotado.

Roger Button se inclinó hacia su hijo. "Esa", dijo, "es la joven Hildegarde Moncrief, la hija del general Moncrief".

Benjamin asintió con frialdad. "Preciosa cosita", dijo con indiferencia. Pero cuando el chico negro hubo alejado la calesa, añadió: "Papá, podrías presentármela".

Se acercaron a un grupo, del cual Miss Moncrief era el centro. Criada en la vieja tradición, hizo una reverencia ante Benjamin. Sí, podría tener un

baile. Él le dio las gracias y se alejó tambaleándose.

El intervalo hasta que llegara su turno se alargó interminablemente. Se mantuvo cerca de la pared, silencioso, inescrutable, observando con ojos asesinos a los jóvenes de Baltimore que se arremolinaban alrededor de Hildegarde Moncrief, con una admiración apasionada en sus rostros. ¡Qué odiosos le parecían a Benjamin; qué intolerablemente sonrosados! Sus rizados bigotes marrones despertaban en él un sentimiento equivalente a la indigestión.

Pero cuando llegó su momento, y se dejó llevar con ella por el suelo cambiante al son del último vals de París, sus celos y ansiedades se desvanecieron como un manto de nieve. Cegado por el encanto, sintió que la vida acababa de empezar.

"Tú y tu hermano llegasteis al mismo tiempo que nosotros, ¿verdad?", preguntó Hildegarde, mirándole con ojos que eran como esmalte azul brillante.

Benjamin dudó. Si ella lo tomaba por el hermano de su padre, ¿sería mejor aclararlo? Recordó su experiencia en Yale, así que decidió no hacerlo. Sería grosero contradecir a una dama; sería criminal estropear esta exquisita ocasión con la grotesca historia de su origen. Más tarde, tal vez. Así que asintió, sonrió, escuchó, se alegró.

"Me gustan los hombres de tu edad", le dijo Hildegarde. "Los jóvenes son tan idiotas. Me cuentan cuánto champán beben en la universidad y cuánto dinero pierden jugando a las cartas. Los hombres de tu edad saben apreciar a las mujeres".

Benjamin se sintió al borde de una propuesta; con un esfuerzo reprimió el impulso.

"Tienes la edad romántica", continuó ella, "cincuenta años. Los veinticinco son demasiado mundanos; los treinta son propensos a estar pálidos por el exceso de trabajo; los cuarenta son la edad de las largas historias que requieren un cigarro entero para ser contadas; los sesenta son... oh, los sesenta están demasiado cerca de los setenta; pero los cincuenta son la edad suave. Me encantan los cincuenta".

Los cincuenta le parecían a Benjamin una edad gloriosa. Ansiaba apasionadamente tener cincuenta años.

"Siempre he dicho", continuó Hildegarde, "que prefiero casarme con un hombre de cincuenta años y que me cuiden que casarme con un hombre de treinta y tener que cuidarlo". Para Benjamín el resto de la velada estuvo bañado en una niebla de color miel. Hildegarde le dio dos bailes más, y descubrieron que estaban maravillosamente de acuerdo en todas las cuestiones del día. El domingo siguiente ella iría a conducir con él, y entonces discutirían más a fondo todas estas cuestiones.

Al volver a casa en el faetón justo antes del amanecer, cuando las primeras abejas zumbaban y la luna que se desvanecía brillaba en el fresco rocío, Benjamin supo vagamente que su padre estaba discutiendo sobre temas de ferretería al por mayor.

"... ¿Y qué crees que debería merecer nuestra mayor atención después de los martillos y los clavos?", decía el mayor de los Button.

"El amor", respondió Benjamin distraídamente.

"¿Los clavos?", exclamó Roger Button, "Vaya, acabo de tratar la cuestión de los clavos".

Benjamin le miró con ojos aturcidos justo cuando el cielo del este se agrietó de repente con la luz, y una oropéndola bostezó penetrantemente en los árboles que se pasaban rápido...

CAPÍTULO VI

Cuando, seis meses después, se dio a conocer el compromiso de la señorita Hildegarde Moncrief con el señor Benjamin Button (digo "se dio a conocer", porque el general Moncrief declaró que prefería caer sobre su espada antes que anunciarlo), la excitación en la sociedad de Baltimore alcanzó un punto febril. La historia casi olvidada del nacimiento de Benjamin fue recordada y enviada a los vientos del escándalo en formas picarescas e increíbles. Se dijo que Benjamin era realmente el padre de Roger Button, que era su hermano que había estado en prisión durante cuarenta años, que era John Wilkes Booth disfrazado y, por último, que tenía dos pequeños cuernos cónicos que brotaban de su cabeza. Los suplementos dominicales de los periódicos neoyorquinos dieron importancia al caso con fascinantes bocetos que mostraban la cabeza de Benjamin Button unida a un pez, a una serpiente y, finalmente, a un cuerpo de latón macizo. Se le conoció, periodísticamente, como el Hombre Misterioso de Maryland. Pero la historia real, como suele ocurrir, tuvo una difusión muy reducida.

Sin embargo, todo el mundo estaba de acuerdo con el general Moncrief en que era "criminal" que una chica encantadora, que podría haberse casado con cualquier galán de Baltimore, se lanzara a los brazos de un hombre que seguramente tenía cincuenta años. En vano el señor Roger Button publicó el certificado de nacimiento de su hijo en letras grandes en el Baltimore Blaze. Nadie lo creyó. Sólo había que mirar a Benjamin y verlo.

Por parte de las dos personas más interesadas no hubo vacilación. Tantas de las historias sobre su prometido eran falsas que Hildegarde se negaba obstinadamente a creer incluso la verdadera. En vano el general Moncrief le señaló la alta mortalidad entre los hombres de cincuenta años -o, al menos, entre los hombres que parecían tener cincuenta años-; en vano le habló de la inestabilidad del negocio de la ferretería al por mayor. Hildegarde había elegido casarse por la dulzura, y se casó....

CAPÍTULO VII

Al menos en una cosa se equivocaron los amigos de Hildegarde Moncrief. El negocio de ferretería al por mayor prosperó de forma asombrosa. En los quince años transcurridos entre el matrimonio de Benjamin Button, en 1880, y la jubilación de su padre, en 1895, la fortuna familiar se duplicó, y ello se debió en gran medida al miembro más joven de la empresa.

Ni que decir tiene que Baltimore acabó acogiendo a la pareja en su seno. Incluso el viejo general Moncrief se reconcilió con su yerno cuando Benjamin le dio el dinero para que publicara su "Historia de la Guerra Civil" en veinte volúmenes, que había sido rechazada por nueve prominentes editores.

En el propio Benjamin, estos quince años habían provocado muchos cambios. Le parecía que la sangre fluía con nuevo vigor por sus venas. Empezó a ser un placer levantarse por la mañana, caminar con paso activo por la concurrida y soleada calle, trabajar incansablemente con sus cargamentos de martillos y sus cargas de clavos. Fue en 1890 cuando ejecutó su famoso golpe empresarial: planteó la sugerencia de que todos los clavos utilizados en el clavado de las cajas en las que se envían los clavos son propiedad del expedidor, una propuesta que se convirtió en un estatuto, fue aprobada por

el presidente del Tribunal Supremo Fossile, y ahorró a Roger Button and Company, Ferretería Mayorista, más de seiscientos clavos cada año.

Ademas, Benjamin descubrio que se sentía cada vez más atraído por el lado alegre de la vida. Fue típico de su creciente entusiasmo por el placer el hecho de que fuera el primer hombre de la ciudad de Baltimore en poseer y manejar un automóvil. Al encontrarse con él en la calle, sus contemporáneos se quedaban mirando con envidia la imagen que daba de salud y vitalidad.

"Parece que rejuvenece cada año", comentaban. Y si el viejo Roger Button, ahora de sesenta y cinco años, no había dado la bienvenida adecuada a su hijo, al final lo compensó otorgándole lo que equivalía a una adulación.

Y aquí llegamos a un tema desagradable que será bueno pasar por alto lo antes posible. Sólo había una cosa que preocupaba a Benjamin Button: su mujer había dejado de atraerle.

En aquel momento Hildegarde era una mujer de treinta y cinco años, con un hijo, Roscoe, de catorce años. En los primeros días de su matrimonio, Benjamin la había adorado. Pero, con el paso de los años, su pelo color miel se convirtió en un castaño poco excitante, el esmalte azul de sus ojos adoptó el aspecto de una vajilla barata y, sobre todo, se había vuelto demasiado asentada en sus costumbres, demasiado plácida, demasiado contenta, demasiado anémica en sus excitaciones y demasiado sobria en sus gustos. De novia había sido ella quien había "arrastrado" a Benjamin a los bailes y las cenas; ahora las condiciones se habían invertido. Salía socialmente con él, pero sin entusiasmo, devorada ya por esa eterna inercia que viene a vivir con cada uno de nosotros un día y se queda con nosotros hasta el final.

El descontento de Benjamin se hizo más fuerte. Al estallar la guerra hispanoamericana en 1898, su hogar tenía para él tan poco encanto que decidió

alistarse en el ejército. Gracias a su influencia en los negocios, obtuvo una comisión como capitán, y demostró ser tan adaptable al trabajo que fue nombrado mayor y, finalmente, teniente coronel, justo a tiempo para participar en la célebre carga de la colina de San Juan. Fue ligeramente herido y recibió una medalla.

Benjamin se había apegado tanto a la actividad y la emoción de la vida militar que lamentó tener que dejarla, pero sus negocios requerían atención, así que renunció a su cargo y regresó a casa. Una banda de música le recibió en la estación y le acompañó hasta su casa.

CAPÍTULO VIII

Hildegarde, agitando una gran bandera de seda, lo saludó en el porche, e incluso mientras la besaba sintió con un hundimiento del corazón que estos tres años le habían pasado factura. Ahora era una mujer de cuarenta años, con una tenue línea de canas en la cabeza. La visión le deprimió.

En su habitación vio su reflejo en el familiar espejo; se acercó y examinó su propio rostro con ansiedad, comparándolo después de un momento con una fotografía suya en uniforme tomada justo antes de la guerra.

"¡Dios mío!", dijo en voz alta. El proceso continuaba. No había duda: ahora parecía un hombre de treinta años. En lugar de estar encantado, se sentía incómodo: estaba rejuveneciendo. Hasta entonces había esperado que una vez que alcanzara una edad corporal equivalente a su edad en años, el grotesco fenómeno que había marcado su nacimiento dejaría de funcionar. Se estremeció. Su destino le parecía horrible, increíble.

Cuando bajó, Hildegarde le estaba esperando. Parecía molesta, y él se preguntó si por fin había descubierto que algo andaba mal. En un esfuerzo por aliviar la tensión entre ellos, abordó el asunto durante la cena de una manera que consideró delicada.

"Bueno", comentó con ligereza, "todo el mundo dice que parezco más joven que nunca".

Hildegarde lo miró con desprecio. Resopló. "¿Crees que es algo de lo que se puede presumir?"

"No estoy presumiendo", afirmó él, incómodo.

Ella volvió a resoplar. "La idea", dijo ella, y después de un momento: "Debería pensar que tendrías suficiente amor propio para detenerla".

"¿Cómo podría hacerlo?", exigió él.

"No voy a discutir contigo", replicó ella. "Pero hay una forma correcta de hacer las cosas y una forma incorrecta. Si has tomado la decisión de ser diferente a los demás, supongo que no puedo impedírtelo, pero realmente no creo que sea muy considerado."

"Pero, Hildegarde, no puedo evitarlo".

"Tú también puedes. Simplemente eres testarudo. Crees que no quieres ser como los demás. Siempre has sido así y siempre lo serás. Pero piensa cómo sería si todos los demás vieran las cosas como tú: ¿cómo sería el mundo?"

Como se trataba de un argumento estéril y sin respuesta, Benjamin no contestó, y a partir de ese momento empezó a abrirse un abismo entre ellos.

Se preguntó qué fascinación había ejercido ella sobre él.

Para aumentar la brecha, descubrió, a medida que el nuevo siglo avanzaba, que su sed de alegría se hacía más fuerte. Nunca había una fiesta de cualquier tipo en la ciudad de Baltimore sin que él estuviera allí, bailando con las jóvenes casadas más guapas, charlando con las debutantes más populares y encontrando su compañía encantadora, mientras su esposa, tal como una viuda de mal agüero, se sentaba entre las carabinas, a veces con altiva desaprobación y a veces siguiéndolo con ojos solemnes, desconcertados y reprobadores.

"¡Mira!", comentaba la gente. "¡Qué pena! Un joven de esa edad atado a una mujer de cuarenta y cinco. Debe tener veinte años menos que su esposa". Habían olvidado -como la gente inevitablemente olvida- que en 1880 sus mamás y papás también habían comentado sobre esta misma pareja mal avenida.

La creciente infelicidad de Benjamín en el hogar se vio compensada por sus nuevos intereses. Empezó a jugar al golf y tuvo un gran éxito. Se aficionó al baile: en 1906 era un experto en el "Boston", y en 1908 se le consideraba un experto en el "Maxixe", mientras que en 1909 su "Castle Walk" era la envidia de todos los jóvenes de la ciudad.

Sus actividades sociales, por supuesto, interferían en cierta medida con su negocio, pero entonces había trabajado duro en la ferretería al por mayor durante veinticinco años y sentía que pronto podría pasárselo a su hijo, Roscoe, que se había graduado recientemente en Harvard.

De hecho, él y su hijo se confundían a menudo. Esto complacía a Benjamín, que pronto olvidó el insidioso miedo que se había apoderado de él a su regreso de la guerra hispanoamericana, y llegó a sentir un ingenuo placer por su aspecto. Sólo había una pero en aquella situación: odiaba aparecer en

público con su mujer. Hildegarde tenía casi cincuenta años, y tan solo el hecho de verla le hacía sentirse absurdo....

CAPÍTULO IX

Un día de septiembre de 1910 -pocos años después de que Roger Button & Co., Ferretería Mayorista, pasara a manos del joven Roscoe Button- un hombre, aparentemente de unos veinte años, se inscribió como estudiante de primer año en la Universidad de Harvard, en Cambridge. No cometió el error de anunciar que no volvería a ver los cincuenta, ni mencionó el hecho de que su hijo se había graduado en la misma institución diez años antes.

Fue admitido, y casi inmediatamente alcanzó una posición destacada en la clase, en parte porque parecía un poco mayor que los demás estudiantes de primer año, cuya edad media era de unos dieciocho años.

Pero su éxito se debió en gran medida al hecho de que en el partido de fútbol con Yale jugó de forma tan brillante, con tanto ímpetu y con una furia tan fría y despiadada que anotó siete touchdowns y catorce goles de campo para Harvard, y provocó que un once entero de hombres de Yale fueran sacados del campo, uno a uno, inconscientes. Era el hombre más célebre de la universidad.

Resulta extraño que en su tercer año apenas pudiera "entrar" en el equipo. Los entrenadores decían que había perdido peso, y a los más observadores les parecía que no era tan alto como antes. No hizo ningún touchdown; de

hecho, se le mantuvo en el equipo principalmente con la esperanza de que su enorme reputación trajera el terror y la desorganización al equipo de Yale.

En su último año no entró en el equipo. Se había vuelto tan delgado y frágil que un día algunos estudiantes de segundo año lo tomaron por un novato, un incidente que lo humilló terriblemente. Llegó a ser conocido como una especie de prodigio -un estudiante de último año que seguramente no tenía más de dieciséis- y a menudo se escandalizaba de la mundanidad de algunos de sus compañeros. Sus estudios le parecían más difíciles; los consideraba demasiado avanzados. Había oído a sus compañeros de clase hablar de San Midas, la famosa escuela preparatoria, en la que muchos de ellos se habían preparado para la universidad, y decidió después de su graduación ingresar él mismo en San Midas, donde la vida protegida entre chicos de su tamaño le resultaría más agradable.

Al graduarse en 1914, volvió a su casa en Baltimore con su diploma de Harvard en el bolsillo. Hildegard residía ahora en Italia, así que Benjamin se fue a vivir con su hijo, Roscoe. Pero aunque fue bienvenido en general, es obvio que Roscoe no lo acogió con entusiasmo, e incluso hubo una tendencia perceptible por parte de su hijo a pensar que Benjamin, mientras se paseaba por la casa en plan adolescente, estorbaba un poco. Roscoe estaba ahora casado y destacaba en la vida de Baltimore, y no quería que se produjera ningún escándalo en relación con su familia.

Benjamin, que ya no era persona grata para las debutantes y los jóvenes universitarios, se encontraba muy solo, salvo por la compañía de tres o cuatro chicos de quince años del barrio. Se le ocurrió la idea de ir a la escuela de San Midas.

"Oye", le dijo un día a Roscoe, "te he dicho una y otra vez que quiero ir a la escuela preparatoria". "Pues vete, entonces", contestó Roscoe brevemente. El asunto le resultaba desagradable y deseaba evitar una discusión.

"No puedo ir solo", dijo Benjamin con impotencia. "Tendrás que matricularme y llevarme hasta allí".

"No tengo tiempo", declaró Roscoe bruscamente. Sus ojos se entrecerraron y miró con inquietud a su padre. "De hecho", añadió, "será mejor que no sigas con este asunto mucho más tiempo. Será mejor que te detengas. Más vale que... más vale que... -hizo una pausa y su rostro se enrojeció mientras buscaba las palabras-, más vale que te des la vuelta y emprendas el camino inverso. Esto ha llegado demasiado lejos para ser una broma. Ya no tiene gracia. Compórtate".

Benjamin le miró, al borde de las lágrimas.

"Y otra cosa", continuó Roscoe, "cuando haya visitas en la casa quiero que me llames 'tío', no 'Roscoe', sino 'tío', ¿entiendes? Parece absurdo que un chico de quince años me llame por mi nombre de pila. Tal vez sea mejor que me llames "tío" todo el tiempo, para que te acostumbres".

Con una dura mirada a su padre, Roscoe se alejó....

CAPÍTULO X

Al terminar esta discusión, Benjamin subió consternado al piso de arriba y se miró en el espejo. Llevaba tres meses sin afeitarse, pero no podía encontrar en su cara más que un tenue plumón blanco con el que parecía innecesario entrometerse. Cuando volvió a casa de Harvard, Roscoe le propuso que llevara gafas de sol y bigotes de imitación pegados a las mejillas, y por un momento le pareció que se iba a repetir la farsa de sus primeros años. Pero los bigotes le picaban y le avergonzaban. Lloró y Roscoe cedió de mala gana.

Benjamin abrió un libro de historias de chicos, "Los Boy Scouts en la Bahía de Bimini", y comenzó a leer. Pero se encontró pensando insistentemente en la guerra. Estados Unidos se había unido a la causa aliada durante el mes anterior, y Benjamin quería alistarse, pero, por desgracia, dieciséis años era la edad mínima, y él no parecía tan mayor. Su verdadera edad, que era de cincuenta y siete años, lo habría descalificado, de todos modos.

Llamaron a su puerta y el mayordomo apareció con una carta con una gran leyenda oficial en la esquina y dirigida al señor Benjamin Button. Benjamin la abrió con avidez y leyó el anexo con deleite. En ella se le informaba de que muchos oficiales de la reserva que habían servido en la guerra hispano-estadounidense iban a ser llamados de nuevo al servicio con un rango superior, y se adjuntaba su nombramiento como general de brigada

del ejército de los Estados Unidos con órdenes de presentarse inmediatamente.

Benjamin se puso en pie de un salto, temblando de entusiasmo. Esto era lo que quería. Se apoderó de su gorra, y diez minutos más tarde había entrado en una gran sastrería de la calle Charles, y pidió con su inseguridad que le tomaran las medidas para un uniforme.

"¿Quieres jugar a los soldados, hijo?", le preguntó un empleado con indiferencia.

Benjamin se sonrojó. "¡Oye! No importa lo que quiera!", replicó enfadado. "Me llamo Button y vivo en Mt. Vernon Place, así que ya sabes que sirvo para eso".

"Bueno", admitió el empleado con dudas, "si no lo eres, supongo que tu padre sí lo es".

Benjamin se midió, y una semana después su uniforme estaba terminado. Tuvo dificultades para conseguir la insignia de general adecuada, porque el vendedor seguía insistiendo a Benjamin en que una bonita insignia de la Asociación de Jóvenes Cristianos quedaría igual de bien y sería mucho más divertida para jugar.

Sin decir nada a Roscoe, salió de casa una noche y se dirigió en tren a Camp Mosby, en Carolina del Sur, donde iba a comandar una brigada de infantería. En un bochornoso día de abril se acercó a la entrada del campamento, pagó el taxi que lo había traído desde la estación y se dirigió al centinela de guardia.

"¡Que alguien se encargue de mi equipaje!", dijo con brío.

El centinela le miró con reproche. "Dime", comentó, "¿a dónde vas con la ropa del general, hijo?"

Benjamin, veterano de la guerra hispano-americana, se abalanzó sobre él con fuego en los ojos, pero con, por desgracia, una voz aguda y cambiante.

"¡Atención!", trató de atronar; hizo una pausa para respirar; entonces, de repente, vio al centinela juntar los talones y traer su rifle al presente. Benjamin ocultó una sonrisa de gratificación, pero cuando miró a su alrededor su sonrisa se desvaneció. No era él quien había inspirado la obediencia, sino un imponente coronel de artillería que se acercaba a caballo.

"¡Coronel!", gritó Benjamin con fuerza.

El coronel se acercó, sacó las riendas y lo miró fríamente con un brillo en los ojos. "¿De quién eres tú?", preguntó amablemente.

"¡Pronto te demostraré de quién soy yo!", replicó Benjamin con voz feroz. "¡Baja de ese caballo!"

El coronel rugió de risa.

"Lo quiere, ¿eh, general?"

"¡Aquí!" gritó Benjamin desesperadamente. "Lea esto". Y empujó su comisión hacia el coronel.

El coronel lo leyó, con los ojos saliéndose de sus órbitas. "¿De dónde has sacado esto?", preguntó, deslizando el documento en su propio bolsillo.

"¡Lo conseguí del Gobierno, como pronto sabrás!"

"Acompáñeme", dijo el coronel con una mirada peculiar. "Subiremos al cuartel general y hablaremos de esto. Acompáñeme".

El coronel se dio la vuelta y comenzó a caminar con su caballo en dirección al cuartel general. A Benjamin no le quedaba otra cosa que seguirlo con la mayor dignidad posible, mientras se prometía una severa venganza.

Pero esta venganza no se materializó. Sin embargo, dos días después, su hijo Roscoe se presentó en Baltimore, acalorado y enfadado por un viaje apresurado, y acompañó al lloroso general, sin uniforme, de vuelta a su casa.

CAPÍTULO XI

En 1920 nació el primer hijo de Roscoe Button. Sin embargo, durante las festividades que lo acompañaron, nadie pensó que fuera "la cosa" mencionar que el pequeño niño mugriento, aparentemente de unos diez años de edad, que jugaba en la casa con soldados de plomo y un circo en miniatura, era el propio abuelo del nuevo bebé.

A nadie le desagradaba el pequeño, cuyo rostro fresco y alegre estaba cruzado por un matiz de tristeza, pero para Roscoe Button su presencia era una fuente de tormento. En el lenguaje de su generación, Roscoe no consideraba el asunto "eficiente". Le parecía que su padre, al negarse a mirar a los sesenta, no se había comportado como un "hombre de verdad" -ésta era la expresión favorita de Roscoe- sino de una manera curiosa y perversa. De hecho, pensar en el asunto durante media hora le llevó al borde de la locura. Roscoe creía que los "hombres con nervios de acero" debían mantenerse jóvenes, pero llevarlo a cabo a tal escala era... era... ineficiente. Y ahí Roscoe descansó.

Cinco años después, el pequeño de Roscoe había crecido lo suficiente como para jugar a juegos infantiles con el pequeño Benjamin bajo la supervisión de la misma enfermera. Roscoe los llevó a los dos al jardín de infancia el mismo día, y Benjamin descubrió que jugar con pequeñas tiras de papel de colores, haciendo alfombras y cadenas y curiosos y hermosos dise-

ños, era el juego más fascinante del mundo. Una vez se portó mal y tuvo que quedarse en un rincón -entonces lloró-, pero la mayor parte de las horas fueron felices en la alegre habitación, con la luz del sol entrando por las ventanas y la amable mano de la señorita Bailey posándose de vez en cuando en su despeinado cabello.

El hijo de Roscoe pasó a primer grado después de un año, pero Benjamin se quedó en el jardín de infancia. Estaba muy contento. A veces, cuando los otros niños hablaban de lo que harían cuando fueran mayores, una sombra cruzaba su carita, como si, de una manera tenue e infantil, se diera cuenta de que esas eran cosas que él nunca compartiría.

Los días transcurrían con un contenido monótono. Volvió un tercer año a la guardería, pero ahora era demasiado pequeño para entender para qué servían las brillantes tiras de papel. Lloraba porque los otros niños eran más grandes que él y le daban miedo. La maestra le hablaba, pero aunque él intentaba comprender, no podía entender nada.

Lo sacaron del jardín de infancia. Su enfermera, Nana, con su vestido de cuadros almidonados, se convirtió en el centro de su pequeño mundo. En los días luminosos paseaban por el parque; Nana señalaba un gran monstruo gris y decía "elefante", y Benjamín lo decía después de ella, y cuando se desvestía para ir a la cama esa noche se lo repetía una y otra vez en voz alta: "Elefante, elefante, elefante". A veces Nana le dejaba saltar en la cama, lo que era divertido, porque si se sentaba exactamente bien le hacía rebotar de nuevo sobre sus pies, y si decía "Ah" durante mucho tiempo mientras saltaba conseguía un efecto vocal roto muy agradable.

Le encantaba coger un gran bastón del sombrerero e ir por ahí golpeando sillas y mesas con él y diciendo: "Lucha, lucha, lucha". Cuando había gente, las ancianas le cacareaban, lo que le interesaba, y las jóvenes intentaban besarle, a lo que se sometía con leve aburrimiento. Y cuando el largo día ter-

minaba, a las cinco, subía a la escalera con Nana y le daban de comer avena y agradables alimentos blandos con una cuchara.

No había recuerdos molestos en su sueño infantil; no le llegaba ninguna señal de sus valientes días en la universidad, de los años brillantes en los que alegró el corazón de muchas chicas. Sólo estaban las paredes blancas y seguras de su cuna y Nana y un hombre que venía a verlo a veces, y una gran bola naranja que Nana señalaba justo antes de su hora de acostarse y llamaba "sol". Cuando el sol se iba, sus ojos se adormecían; no había sueños, no había sueños que lo atormentaran.

El pasado, la salvaje carga a la cabeza de sus hombres en la colina de San Juan; los primeros años de su matrimonio, cuando trabajaba hasta el atardecer del verano en la ajetreada ciudad para la joven Hildegarde, a la que amaba; los días anteriores, cuando se sentaba a fumar hasta bien entrada la noche en la vieja y lúgubre casa de los Button en la calle Monroe con su abuelo, todo ello se había desvanecido como sueños insustanciales de su mente, como si nunca hubieran existido.

No lo recordaba. No recordaba con claridad si la leche estaba tibia o fría en su última toma o cómo habían pasado los días; sólo estaba su cuna y la presencia familiar de Nana. Y luego no recordaba nada. Cuando tenía hambre, lloraba; eso era todo. Durante los mediodías y las noches respiraba y sobre él había suaves murmullos y murmuraciones que apenas oía, y olores débilmente diferenciados, y luz y oscuridad.

Luego todo se oscureció, y su blanca cuna y las tenues caras que se movían sobre él, y el cálido y dulce aroma de la leche, se desvanecieron por completo de su mente.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [Capítulo I](#)
2. [Capítulo II](#)
3. [Capítulo III](#)
4. [Capítulo IV](#)
5. [Capítulo V](#)
6. [Capítulo VI](#)
7. [Capítulo VII](#)
8. [Capítulo VIII](#)
9. [Capítulo IX](#)
10. [Capítulo X](#)
11. [Capítulo XI](#)

HITOS

1. [Portada](#)